

“Hay un ritmo, un tono, una melancolía y un humor a los que sólo podría renunciar con el silencio y la desaparición”

Entrevista al escritor español Enrique Vila-Matas

ALEJANDRO CAVALLI



Tu nuevo libro llamado *Exploradores del abismo* arranca diciendo: “Voy pensando que un libro nace de una insatisfacción, nace de un vacío”, ¿siempre viviste de esa manera tu relación con la escritura?

No, no siempre he pensado así. De hecho sólo he pensado de esa forma una sola vez y fue en Praga, el año pasado, cuando de pronto una serie de extrañas coincidencias me hicieron ver que el prólogo al libro que estaba terminando y que inicialmente había girado en torno al tema de los abismos y del vacío debía situarlo en el Café Kubista de Praga.

Luego decís: “Estoy seguro de que no habría podido escribir todos esos relatos si previamente, hace un año, no me hubiera transformado en alguien levemente distinto”; eso, aclarás más adelante, fue luego de un colapso físico. ¿Cuál es tu relación con la enfermedad, en qué te ayudó a descubrir qué de la vida, y de qué manera se inmiscuyó en tu literatura todo eso?

Como persona, me he serenado. Incluso me he vuelto extraordinariamente receptivo y atento con los demás. En mi círculo íntimo, no hay duda alguna sobre mis cambios y hasta se habla de un *renacimiento*, en el amplio sentido de la palabra. En lo literario, la respuesta a si he cambiado es: sí y no. Y creo que está bien que así sea. No he cambiado porque a estas alturas de la expedición ya hay —afortunadamente para mis lectores— un estilo propio y es imposible extirparme el ADN literario. Hay un ritmo, un tono, una melancolía y un humor a los que sólo podría renunciar con el silencio y la desaparición, y me temo que ni siquiera así. Y es que, como dice mi amigo y admirado Rodrigo Fresán, por más que declare mi admiración por la sencillez de un Raymond Carver por ejemplo, a mí me seguirán sucediendo cosas vila-matasianas. Y, por otra parte, sí. Quiero decir que sí, que he cambiado, sí. He cambiado, porque en *Exploradores del abismo* me interrogo sobre mi

obra y me pregunto por dónde proseguir y me abro a mí mismo nuevos caminos para continuar. He tenido incluso la impresión en el libro de que si hasta ahora comentaba las obras de otros y las convertía en mías, ahora comento mi propia obra, la discuto y la altero, he pasado a ser en algunos aspectos —como digo en *Café Kubista*, el prólogo, donde no todo, por otra parte, de lo que digo allí, es cierto— un disidente de mí mismo.

Más adelante adentrás que luego de ese colapso volviste a escribir cuentos y que esto te costó por las malas costumbres adquiridas como novelista. ¿Cuáles son esas malas costumbres y cómo pudiste sobrellevarlas, de qué manera a la hora de enfrentarte al relato corto?

No, no hablo de malas costumbres. Simplemente regresé al cuento con el estilo y la costumbre de demorarse propia de un novelista. Pero eso no se nota en el libro, porque afortunadamente corrijo mucho.

En 1968 te fuiste a vivir a París, autoexiliado del gobierno de Franco. El apartamento donde te instalaste se lo alquilaste a la escritora Marguerite Duras, ¿esto es así? ¿Qué relación llegaste a tener con ella, qué anécdota le podés contar al lector?

Lo explico sobradamente en mi libro *París no se acaba nunca*. La conocí a Marguerite porque era amiga de unos amigos míos de Madrid que vivían en París y uno de ellos, además, le tenía alquilada una buhardilla a Marguerite. Yo alquilé la de al lado nada más conocerla a través de mi amigo. Mejor dicho, ella me obligó alquilarla. Me la ofreció de una forma que me pareció que no podía negarme.

En una data biográfica tuya que puede encontrarse por Internet dice: “Se hizo escritor tratando de imitar a otro autor, que consideraba raro, del que no había leído una sola línea pero

Actualmente es uno de los narradores españoles más elogiados por la crítica nacional e internacional, aunque los premios y el reconocimiento en España le han llegado tardíamente. Ha desarrollado una amplia obra narrativa que se inicia en 1973 y que hasta la fecha ha sido traducida a nueve idiomas.

del que conocía en detalle todas sus rarezas, el polaco Witold Gombrowicz”. ¿Lo conociste personalmente?

Personalmente no lo conocí. Pero soy amigo de su mujer, Rita Gombrowicz, con la que me he visto en ocasiones en Barcelona y en París. Si en Internet dicen que traté de imitarlo es porque en cierta ocasión yo expliqué que durante mucho tiempo quise escribir como Gombrowicz. Durante todo ese tiempo no le leí nunca, tampoco le había leído —ni una sola línea, ni la más mínima curiosidad— antes. Me bastaba con saber que era un escritor excéntrico y apátrida, raro y singular, aristócrata venido a menos, guapo y ajedrecista. Yo aspiraba a ser lo mismo. Quería tener un estilo que se diferenciara mucho del resto de los escritores —por aquel entonces todavía no sabía que a eso en el gremio se le llama “voz propia”—, y Gombrowicz me parecía ideal porque, sin haberle leído, leía en cambio historias sobre su vida y su soledad y sus amigos, y esas historias me fascinaban.

Durante mucho tiempo me dediqué a imaginar lo que suponía que Gombrowicz escribía, y me decía que lo más probable era que escribiera en una lengua que parecía extranjera. Y mientras imaginaba esto, escribía yo mis cosas raras, las que yo pensaba que con casi toda seguridad se parecían a las de mi maestro. Me llevé una cierta sorpresa el día en que por fin me decidí a leerle. Vi que nada tenía que ver su escritura con la mía, pero que, gracias a haberme pasado tanto tiempo creyendo que escribía rarezas como las tuyas, me había hecho con un estilo literario propio. Tras esa historia, como puede ver, se esconde únicamente la historia de cómo me hice con un estilo literario propio sin imitar nunca a nadie.

*¿Cuál es tu impresión de nuestro país y de nuestra literatura, qué escritores te interesan?**

Estuve en dos ocasiones, la primera en 1989, y fue una estancia feliz en la que conocí, entre otros, a Vlady Kociancich, a Juan Forn, Rodrigo Fresán, y hasta a Bioy. En la segunda —el año pasado— llegué enfermo sin ser consciente de estarlo. No salí de mi cuarto de hotel en la Recoleta y hasta me vanagloriaba de no salir, pues lo encontraba muy literario —viajar tan lejos para no moverse de una habitación de

hotel—, pero en realidad lo que ocurría es que estaba peligrosamente enfermo.

Rodrigo Fresán escribió que “una forma más tonta que extraña de definir a Vila-Matas sería afirmar que se trata del más argentino de los escritores españoles”. ¿Qué opinión te merece tal afirmación?

Estoy seguro de que llevaba toda la razón. Fresán es un gran escritor, me interesa especialmente *La velocidad de las cosas*, un libro esencial. Y bueno, creo que estaba en lo cierto. Es más, fíjese si soy el más argentino de los escritores españoles que el año pasado estuve a punto de morir entre ustedes.

¿Cómo ves el panorama español en particular y mundial en general, de lo que se está produciendo literariamente? ¿Qué de lo que has leído te gustó y puedas recomendar a los lectores?

Ayer, moviendo las novelas de una estantería, casualmente encontré un libro que compré hace años y que en su momento no había leído, tal vez porque se perdió o escondió él mismo dentro de mi biblioteca. Me puse a leerlo y quedé fascinado. Se trata de *En Grand Central Station me senté y lloré*, de Elizabeth Smart. ¿Autores que me interesan? No nombraré ni argentinos ni españoles para evitarme problemas, sólo algunos extranjeros vivos. Coetzee, Auster, Magris, Charles Simic, Giorgio Agamben.

¿Qué opinión te merece el movimiento vasco que busca la independencia de España, al igual que el movimiento catalán, sobre las formas que utilizan en esa búsqueda y sobre la búsqueda en sí?

No voy a opinar sobre esto. No soy un experto en cualquier tema sobre el que me pregunten.

¿Qué estás escribiendo ahora?

Un largo ensayo que título *Hacia una teoría de la novela*. Y también trabajo en una novela sobre la que no puedo adelantar nada.

Para terminar, ¿te gustaría conocer el vértigo horizontal de La Pampa, cómo te pega la llanura?

Conozco la claustrofobia de La Pampa a través de las descripciones que encontré en los libros de Héctor Bianciotti. No dudo que hay allí un vértigo horizontal y no me niego a conocerlo. Si yo a priori estoy siempre interesado por todo, ¿cómo no voy a estarlo por La Pampa? ☞

*N. de la E. Se refiere a la literatura argentina.